



EL CUARTO  
DE LAS  
MARAVILLAS

**EVOCACIÓN**  
**DE** ALAIN-PAUL  
MALLARD  
**MATTHIAS**  
**STIMMBERG**

EDICIÓN XX ANIVERSARIO



TURNER

© Alain-Paul Mallard, 1995

De esta edición:

© Turner Publicaciones S.L., 2015

Rafael Calvo, 42

28010 Madrid

[www.turnerlibros.com](http://www.turnerlibros.com)

Reservados todos los derechos en lengua castellana. No está permitida la reproducción total ni parcial de esta obra, ni su tratamiento o transmisión por ningún medio o método sin la autorización por escrito de la editorial.

Diseño de cubierta y adaptación de ilustración:

Estudi Miquel Puig

Ilustraciones de cubierta e interior:

*Brehms Tierleben. Allgemeine Kunde des Tierreichs*

de Alfred Edmund Brehm, segunda edición, Leipzig,

Bibliographisches Institut, 1876–1879.

Maquetación:

David Anglès

Impreso en España por Gràfiques Ortells

Primera edición: noviembre de 2015

ISBN: 978-84-16142-17-0

Depósito legal: M-34290-2015

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:  
[turner@turnerlibros.com](mailto:turner@turnerlibros.com)

A Rafael Vargas y Rodrigo Cavalcanti



## Veinte años después

Todo hombre de letras que acomete un libro –y quien a ello acicatea es nada menos que Cyril Connolly– debe aspirar a uno que dure diez años.

Diez.

Aspiración a la vez noble y sensata, el decenio parece un horizonte justo: que un libro dure menos es signo pusilánime de cualidades coyunturales; que dure más ya es un misterioso designio, muy por encima de cualquier voluntad del autor.

Amparado en su calidad de rareza bibliográfica y –espero– en el vigor de sus visiones, el libro que el lector tiene entre manos viene de cumplir los veinte. Soy el primer sorprendido: *je n'y suis pas pour grande chose...* Lo escribí casi sin darme cuenta (o bien ya no me acuerdo). Picarescas editoriales aparte, el verdadero

mérito de su testaruda resistencia corresponde a un disperso cenáculo de entusiastas que, intercambiando antes fotocopias y luego archivos digitales, mantuvo la brasa viva.

Veinte. ¿Qué ha pasado en los últimos veinte años?

Todo. Un mundo que parecía firme (uno más) se desmoronó y hoy caminamos a tientas sobre una lámina de hielo.

*Evocación de Matthias Stimmberg* es un libro del siglo pasado. Se habrá aguzado, supongo, su aroma *fin-de-siècle*.

Hoy se edita por fin acompañado de media docena de grabados en madera, robados del *Tierleben* de Brehm –una historia natural, huelga decirlo, muy apreciada por Stimmberg. En su momento, dichas imágenes nutrieron la ensoñación que dio lugar a mi enrarecido bestiario finisecular, y siempre las consideré un correlato de las viñetas biográficas del poeta. Un hosco poeta que, veinte años después, sigue al parecer teniendo algo que decir.

ALAIN-PAUL MALLARD

Barcelona, primavera de 2015

*La misantropía es un humanismo;  
el humanismo es también una misantropía.*

MATTHIAS STIMMBERG



## El poeta

La insensatez, la otra noche, de presentarme en un oligofrénico debate televisivo. A la mañana siguiente, un hombre de uñas pulidas, que me miraba desde el asiento contigo, se dirigió a mí en el autobús. Me había sentado en uno de los asientos para mutilados de guerra. Hay gente que protesta por todo y supuse que el tipo era uno de éstos e iba a reclamármelo.

–Ayer noche lo vi en televisión –me dijo.

–No, no –repuse con desgano–, usted me confunde. Con el poeta ese, supongo. Seguido me confunden con él. No, yo soy vendedor de lavadoras.

–Vamos, hombre, no finja, yo lo conozco. Comprendo que le moleste ser importunado, yo también soy poeta, ¿sabe?

¡Dios mío!, justo lo que me faltaba, un imbecil mimado por las musas. No respondí, pero

faltó hosquedad en mi silencio, pues no lo disuadió.

–Bueno, lo fui. La vida es dura, usted sabe, y tuve que buscar otros caminos y ganarme el pan con el sudor de mi frente. Claro que no he dejado de escribir –me aclaró–, tengo una gran sensibilidad.

–Vaya, ¿y qué actividad lo deja a usted tan sudoroso?

–Bueno –sonrió–, pues ahora me dedico a la peluquería canina. A domicilio.

Decidí bajarme en la siguiente parada –no tardaría en recitarme sus versos– y recorrer a pie las diez o doce cuadras hasta Muhlebachstrasse. Me incorporé. El poeta me tomó de un brazo como si yo necesitara de su ayuda. Me pidió mi dirección, pues prometía enviarme sus poemas, y se despidió desde la ventanilla con tiernos ademanes. Pero sospecho que equivoqué el número de mi propia casa y he perdido, infortunadamente, un cofrecillo de tesoros, suspiros, listones y fox terriers. Que si la vida es dura, carajo.

## El estudio de la esperanza

No sé cómo fui a dar en ese almuerzo campesino ni como terminé conversando con aquel grosero campesino, patán proclive por igual a la cerveza y a la mentira, que quería a toda costa hacerse pasar por un hombre de mundo. «He conocido –me dijo– toda clase de hoteles, desde los de cinco estrellas hasta los de cama de concreto». Lo primero me pareció francamente dudoso; en cuanto a lo segundo, lo supuse aun antes de cruzar con él palabra alguna.

Lado a lado, continuamos comiendo los salisifís empanizados, el cocido de endibias y patatas. Jonas, que así dijo llamarse el lamentable fanfarrón, vertía de su botella, cada dos o tres bocados, algo de cerveza sobre el plato de salchichas. Y se reía estúpidamente. Entre sus múltiples bravatas y el insolente relato de sus proezas en el catre, me refirió algo que, dentro de su

patología, resulta digno de interés: «Yo, caballero, soy un estudioso de la esperanza». Tenía su laboratorio un par de kilómetros más adelante, en un establo.

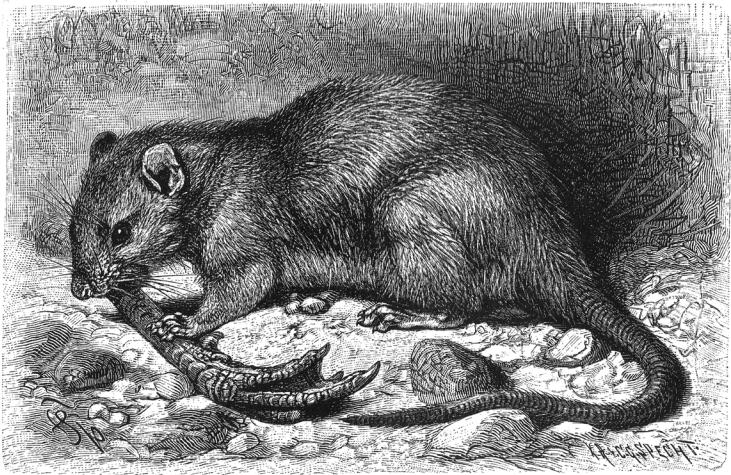
Intrigado por el esplendente nombre de la nueva disciplina científica, acaso ontológica, le pedí que me informara, con mayor detalle, en qué consistían sus trabajos.

–Verá –me dijo–, es algo sumamente complejo. ¿Cómo explicarle...? Mire: usted llena por la mitad un gran cubo de agua. De lámina galvanizada (es importante que sea galvanizada, para que no ofrezca asideros) y echa dentro una rata. La rata va a nadar en círculo, pegada a las paredes, contra las manecillas del reloj, tratando de salir. La rata nadará durante ocho horas antes de irse a pique y ahogarse, pero antes de que se cumplan las ocho horas, usted arroja en la cubeta una tablita que flote, y le permite a la rata descansar en ella. Pasados seis minutos retira la tablita. La rata tendrá que volver a nadar, y nadará por otras cuarenta y ocho horas. De donde se deduce científicamente que las ratas tienen una esperanza media de ocho horas, y debidamente estimulada, crece en múltiplos de ocho.

Me miró. Aguardaba algún comentario de mi parte. Lo miré fijamente y, sin decir palabra, recogí mi sombrero. Me levanté. Él se encogió

de hombros, alargó el brazo y se bebió mi cerveza. Y se rió estúpidamente.

Miré con alivio las hayas del camino. Mi resistencia media al hastío debía –debe– estar rayando la hora y veinticinco.



## La sal

El nudo en la soga que amarraba las puertas del cobertizo era de una complicación neurótica, tenaz. Alguien lo había apretado con tal fuerza que mi afán por desatarlo me lastimaba los pulgares. Pero había de desatarlo a como diera lugar.

El cobertizo era una casucha de madera sin ventanas, un viejo y estrecho galerón perdido entre los árboles de la parte más remota del jardín, no lejos de los huertos. Allí se guardaban herramientas, bidones vacíos, correajes, las bicicletas, algunos trastos viejos. Los trabajadores del huerto metían allí sus aperos de labranza por no llevarlos a cuestras hasta el granero. Había ido al cobertizo para buscar los remos porque tenía acordado con Gabi Halstic dar un paseo en barca.

Gabi tenía mi edad –en aquel entonces catorce años–, y era hija de una pareja que administraba la propiedad vecina, propiedad de unas polvosas señoritas de ciudad, tías, en segundo grado, de mi madre. Gabi –su flequillo castaño, su risita algo pícara, sus brazos ágiles, sus senos acabados de brotar– me esperaba ya sentada en la barca, y me consumía una prisa nerviosa por desatar el nudo porque durante semanas me había ido armando de valor para, allá, sobre las aguas verdes y heladas del estanque, hablarle sentidamente de amor.

Por fin el gran nudo se disolvió como un puño que de pronto se abre y empujé hacia dentro los batientes de la puerta. El cobertizo se llenó de luz y el frescor de la sombra me salió al encuentro. Y entonces vi no sé cuántos –diez o doce– diminutos puercoespines, los primeros que jamás había visto, encaramados por aquí y por allá sobre las herramientas.

Apenas del tamaño de un alfiletero, con hociquillos húmedos y tan intensamente rosados como las yemas de un rosal, y cubiertos de un pelambre espinoso, los pequeños erizos lamían los remos, los mangos de las hachas, de las palas, de los trinchas, de los azadones, de las escobas. Nos miramos con mutuo azoro. Sus ojillos negros y llorosos veían como desde atrás del



cielo, bondadosos e inocentes, con la ternura de una víctima. Di un paso y eso fue todo. Ya no estaban allí.

No me atreví jamás, ni en la barca ni en ningún otro lado, a hablarle de amor a Gabi Halstic.

Ya me diría Hans, el mozo tercero (un chico inteligente, algo mayor que yo y con quien Gabi –luego vine a saber– había tenido amores), que los puercoespines llegaban a media tarde a lamer las herramientas en busca de sal. De la sal que había penetrado la madera con el sudor de las manos de los trabajadores. Hans incluso me asegura que, de haber extendido las palmas con amable lentitud, alguno de los puercoespines, el más osado y amistoso, se habría aproximado, con su lengua fresca y suave, a lamirme las manos.

Y todavía me cuenta, creyéndome cómplice el muy cerdo, como una vez se había tirado a Gabi allí en el cobertizo, y como mientras, exhaustos y desnudos, yacían tendidos entre sogas, costales, sacos de semilla, se habían acercado, surgidos de la nada, tres puercoespines diminutos a lamiscarle a Gabi el sudor ya seco bajo los senos puntiagudos. Eso.

No hace mucho me topé –hurgando en mis libretas a petición de Peter Suhrkamp– con el

relato de un sueño que debo haber tenido allá por 1947: en una especie de salón de actos municipal, Gabi, todavía una niña a pesar de los años, lame, una a una, y con el desamparo de una víctima, las manos grasientas de un regimiento de soldados. Y yo, yo, estoy en un rincón, agazapado, sin atreverme a nada.

